# El incierto tiempo de la Poesía

1.- La carta

No recordaba doña Encarna, con exactitud, cuándo habían comenzado los ruidos en su dormitorio, cuándo las noches agitadas por el pánico y la zozobra. En su duermevela, cualquier sonido era amplificado por el miedo. Así llegó su mente, alterada por el insomnio, a figurarse aquellos ruidos como producto de voraces roedores asaltando su casa. A ella le parecía que fueran grandes ratas, grises y de patas fuertes, que hundían sus dientes en la pared medianera con la casa vecina, abandonada y vacía desde hacía años. Incluso la desvelaban lo que le parecía ser los pasos diminutos de animales vagando por el cielo raso, a los que imaginaba arrastrando sus largas colas filiformes y clavando sus uñas en las colañas de madera que sustentaban a las tradicionales tejas árabes.

La vivienda familiar la compartía con su hija Teresa, única compañía de sus temores y desvelos. La joven había terminado el bachiller elemental y aprendido las labores del hogar en los cursos, obligatorios para las muchachas estudiantes, que impartían las monitoras de la Sección Femenina en aquellos años sesenta; sin embargo, nada de eso le había interesado nunca. Ella era de cara agraciada aunque de cuerpo más bien menudo y débil: falto de vigor ysobrado de indolencia ante el trabajo físico. Su mirada, en cambio, jamás descansaba: era una barca continuamente mecida por las olas de sus lecturas. Estaba soltera, pero siempre enamorada platónicamente. No teniendo otras vías de escape, aislada en ese refugio de soledad compartida, su mente se dedicaba a soñar la llegada de un desconocido que, como ella, solo viviera para la Poesía. Día tras día, aquella pasión por las letras retenía su pensamiento inmerso en un lago de frases que ora se agitaban embravecido o bien latía calmo, y fatalmente conseguía mover su pluma para retener atrapada a la joven en un tiempo y un mundo poético que la aislaba de todo lo que la juventud le podía ofrecer a sus 28 años. Ante esto, su madre tuvo que cargar ella sola con aquella hija recluida en el narcisismo de los versos, que eran el sonido, el olor y el color de su vida, pero que no aportaban nada útil a la situación económica de aquella casa.

La humilde vivienda era de una sola planta: salón pequeño, dos dormitorios, una cocina y un patio. En el patio, un cuarto de baño junto al cual se ubicaba la pila de lavar. Aquella tarde en la que las cuentas amenazaban con una ruina cierta, solitaria en el salón, se hallaba doña Encarna sobreponiéndose al esfuerzo que le suponía vivir. Escribía una carta con letra cuidadosa, propia de señora bien educada. El salón quedaba algo oscuro pues, atada a la reja con una cuerda, la persiana enrollable de tiras de madera quedaba a media altura; y ella sentía esa misma falta de luz en su matrimonio, roto un año atrás con reproches por parte desu marido, quejoso de que la vida conyugal le resultaba insulsa. Por ello, al cumplir los 55, él había decidido aprovechar los buenos años que le quedaran marchándose a vivir con una complaciente compañera de trabajo.

Así, pues, aquellas dos mujeres abandonadas estaban presas de un destino fatal si alguien no acudía pronto en su ayuda. Encarna buscó solución a sus males en esta carta, mensaje con futuro incierto que lanzaría para que navegase hacia el mar del pasado, la cual decía:

*Desratizaciones El Ciclón.*

*A la atención del Sr. Sánchez.*

 *Mí querido amigo Genaro:*

 *Después de darle muchas vueltas a este asunto, y en nombre de nuestra pasada relación, te ruego que tengas a bien acudir a mi domicilio a la mayor brevedad, pues no dudo que eres la persona indicada para resolver un problema grave que atribuyo a una plaga de roedores. Tal ruido hacen en el techo de mi dormitorio o al otro lado del tabique, que no me dejan dormir. Solo tú podrías ayudarme.*

 *Te saluda, tuya afectísima, ésta que te recuerda con agrado,*

*Encarna Rodríguez.*

Firmó con mucho esmero, y en el sobre de la carta escribió, pulcramente asentada, la dirección de la empresa de desratización propiedad de su antiguo novio, Genaro Sánchez, del que sabía cumplidamente que ahora estaba viudo. El tono del escrito era bastante neutro, pero Encarna lo había meditado mucho y ponía toda su esperanza secreta en éste que consideraba más que amigo, rogando a Dios que fuese para ellas dos la tabla de salvación a la que asirse caso de que, por sus actuales circunstancias personales, estuviese dispuesto a solicitar de nuevo aquel amor de su juventud. Con esta perspectiva, las noches en vela de doña Encarna, presas de miedos y sobresaltos, se preñaban ahora con anhelos y ofrecimientos.

2.- “El Ciclón”

La antigua empresa “El Ciclón”, alojada en una vieja nave situada al principio de un polígono Industrial mucho más moderno, se dedica a combatir las plagas de insectos y roedores desde 1941. Fue fundada por don Genaro Sánchez que, al fallecer en 1980, se la dejó a su hijo Pedro, mi jefe. Mientras éste medita en su despacho la suerte de esta ruinosa empresa, yo procuro no perder el tiempo y trato de escribir mis poesías; siempre preparado para cuando llega fecunda la inspiración. Procuro luego perfeccionarlas, aún a costa de robar horas a la noche si es preciso o distraer tiempo al trabajo cuando el jefe no vigila. También escribo un blog, desde hace un año, en el que publico mis versos. Internet me conecta al mundo poético tan ajeno a este repugnante trabajo, y ese ámbito libre y mágico es el antídoto gracias al cual sobrevivo en el sórdido reino de comerciantes a los que sirvo.

En el almacén, entre las estanterías metálicas donde acopiamos botes y cajas conteniendo polvo y líquidos letales para las plagas, procuro que mi mente sobrevuele y se refugien en la belleza: el tufo acre y dulzón de los productos mortíferos lo transformo en aromas de flores; los olores de vejez, polvo y moho los sublimo en evocaciones de países exóticos; los utensilios de fumigación, nebulizadores, trampas para roedores, botes y bidones para aspersión de productos insecticidas son las redomas y matraces donde destilo mis versos. Mi sueño es hallar la mujer que comparta esta visión sublime y poética de la vida.

Junto a la entrada de la nave están las oficinas. El despacho del Sr. Sánchez está junto al muro y es el único con ventana exterior, mientras que el mío está en el extremo opuesto y con una ventana, hacia la nave, por la que penetra el olor dulzón de los insecticidas. Antes, una recepcionista ocupaba el recibidor, pero como este negocio ha dejado de ser rentable ahora debo yo suplir su falta.

En el momento que aparece el cartero, don Pedro ha salido al banco. Me hago cargo, por tanto, del trabajo: la cliente es Doña Encarnación Rodríguez, calle de Arenales, 3. Cargo la camioneta con esos útiles del trabajo, y salgo rodando con ella hacia el domicilio del cliente. Debo hacer un informe de la situación. Mi jefe lo evaluará, elaborará el presupuesto, hablará con el interesado y, si éste acepta, yo haré el trabajo duro: pero no me importa, al menos podré salir de esta nave, respirar el mundo, escuchar el sonido de la vida y disfrutar de las estaciones del año. Soñar contemplando el cielo y mirar hacia el horizonte mientras imagino el lugar donde ella aparecerá un día ante mis ojos.

3.- La poesía

Cuando llegas a la casa del cliente adoptas la profesional expresión de eficacia que se te supone, pero hoy la sustituyes por un rostro asombrado ante la tardanza en abrirse la puerta. Miras a través del cristal de la ventana del salón, cuyo postigo no está del todo cerrado, y te parece ver a una mujer joven, de figura esbelta, que se desliza envuelta en un vestido claro de falda larga. Ante esa presencia apenas intuida, pero suficiente, golpeas con fuerza en la puerta y esta cede para franquearte el paso. Recuperas la actitud profesional, vacilas, haces un repaso de las envejecidas paredes recubiertas con un panel plástico de un metro de alto que recorre su perímetro: allí seguro que habitan cucarachas o pulgas. Pero no te detienes porque escuchas una súplica tenue que te pide que avances hasta la cocina. No hay lumbre en el hogar, ni vasijas sobre la encimera. La puerta que da al patio está entreabierta, y allí ves la sombra de ella que se mueve sobre el suelo de cemento.

Al fin la encuentras, virginal, bella, sentada junto a un rosal blanco. Es exactamente igual a la que habías imaginado en tus ensoñaciones. La muchacha te mira extasiada mientras recita para ti versos leídos en un cuaderno:

“*Aquí nos arrullarán los trinos / que el amor nos brinda, / y hablaremos el lenguaje / de las flores del alma.*

 *Cuánta paz habrá por siempre / cuando el sol abra tus ojos / y los cierren, cada noche / mis besos en tus mejillas.”*

Y en ese instante, olvidas cualquier otro propósito profesional y respondes:

*“El jardín de tu vida, / dulce niña bonita, / es huerto de mis días.*

*Un ruiseñor que me ronda / para cantar tus encantos, / cuando te escucha reír / calla contento y se sacia / con la curva de tus labios.”*

Todo el tiempo del mundo transcurre ingrávido durante estos momentos en que, absortos, nos contemplamos. Ya no te preguntas que ocurrirá en adelante: tu anhelo está colmado pues tienes a tu alcance a la persona que siempre buscaste en vano. El tiempo es incierto pues la calma te penetra y te lleva muy lejos, flotas en el nirvana. Te sacude, de pronto, una voz apremiante de mujer llama a tu amada, la hace volver presurosa y sonrojada hacia el interior de la casa. Al retornar al presente, te hallas solo en ese patio de paredes desconchadas, desolado y perdido ante la desaparición de tu musa, de la mujer amada tantas veces imaginada que creías haber hallado hoy. Pero estás solo, ninguna persona responde a tus llamadas y sales de la casa confundido.

 4.- Epílogo

 Al regresar al despacho, intento hablar con mi jefe y lo encuentro dando vueltas entre sus manos al sobre de la carta, leyendo el remite y mirándome con expresión extrañada; y al cabo, me comenta excitado lo inverosímil de este encargo de trabajo, pues el sobre, con un sello de la época de Franco, incluye un matasellos de 1974.“Es como si hubiese vagado perdido por las oficinas de correos desde hace muchos años”, dice. Además, va dirigido a su padre, don Genaro, y él recuerda que, efectivamente, la señora que lo firma fue amiga de su padre. Pero se sabe que ella y su hija murieron, solas y pobres, en aquella casa que yo acababa de visitar. Ante mis afirmaciones sinceras de haber conocido hoy a la hija de esta señora, mi jefe me acompaña para inspeccionar la casa, mientras trata de que yo entre en razón pues dice que, sin duda, algo extraño me ha turbado.

 Encontramos la puerta principal entreabierta, su interior totalmente vacío, nadie responde, nadie aparece al penetrar de nuevo en la casa; y, desde luego, ninguna evidencia de las personas que buscamos. Pero sobre la mesa de la cocina, una rosa blanca y junto a ella, un cuaderno antiguo. Está abierto y en él, en desvaída tinta azul, figuran los versos que hoy, embelesados, podríamos haber recitado ella y yo.